



Helmut Schmidt (SPD)



Helmut Kohl (CDU)



Hans-Dietrich Genscher (FDP)

ALEMANIA: ELECCIONES Y FUTURO

IGNACIO PURROY

Las elecciones alemanas de octubre significaron algo más que un mero conteo ajustado de votos entre partidos rivales. Alemania Federal es el Estado más fuerte de la Europa occidental, el que ha controlado con más éxito la crisis económica. Pero al mismo tiempo el que tiene menos tradición democrática, el que ha sufrido traumas más profundos y donde es más fuerte la propensión a desatar los viejos demonios del autoritarismo, el nacionalismo y el "segurismo" de derecha ante el menor atisbo de incertidumbre.

Desde Hamburgo nuestro colaborador Ignacio Purroy, politólogo con más de seis años en Alemania, nos envía esta lectura de las elecciones alemanas desde la perspectiva de un mañana de libertad confiada más que desde un partidismo de diferencias reducidas (N. de la R.).

El día 4 de Octubre, lunes, un equipo de reporteros del primer canal de T.V. salió a la calle a primeras horas de la mañana. La víspera, más del 90 por ciento del electorado alemán había aprovechado disciplinadamente su paseo dominical para acercarse a las urnas. En todos los entrevistados, la reacción ante la pregunta del reportero acerca de si el resultado electoral significaba algún cambio para el futuro, fue inicialmente de estupor. Como si la pregunta estuviera fuera de sitio. Obreros, vendedores de verdura, oficinistas y comerciantes casi reprocharon al reportero su ingenuidad: "Aquí no hay mucho que cambiar. Si hubieran ganado los otros, hubieran tenido que hacer las mismas cosas. Uno no se puede mudar de piel". Esa era la convicción de "vencedores" y "vencidos".

UN EMPATE ELECTORAL

Ahora que, a los pocos días, pareciera que las elecciones del 3 de Octubre pertenecen a un pasado remoto, uno entiende mejor la respuesta del hombre de la calle, más todavía si se analizan los resultados electorales. Los electores alemanes han querido sellar con su voto el equilibrio de la continuidad. La coalición social demócrata-liberal (SPD y FDP) continúa en el gobierno gracias al 50,5 por ciento de los votos (en 1972: 54,2 por ciento) y 10 escaños de ventaja en el parlamento (en 1972: 46). Una mayoría precaria, que no permite muchos coqueteos reformistas. La unión demócratacristiana (CDU/CSU) vuelve a convertirse con un 48,6 por ciento de votos (en 1972: 44,9 por ciento) en la fracción parlamentaria más numerosa. Es ya una pesadilla, que

amenaza con acabar aglutinando a todo el poderosísimo conjunto centro-derecha y conservador, si la coalición social-liberal no satisface suficientemente a estos sectores.

Bastarían cinco desertores de la bancada social-liberal para hacer tambalear el gobierno del canciller Schmidt. Si a esto se añade que la oposición demócratacristiana detenta en este momento la mayoría en el Consejo Federal (una especie de Cámara Alta), el cual hará probablemente uso de su derecho de veto en cuestiones fundamentales, poco margen de acción le queda al gobierno de coalición.

No ha quedado lugar en este equilibrio para la extrema derecha neonazi, que con apenas un 0,3 por ciento de votos continuará invocando a los muertos.

El árbol de demócratacristiano ofrece de todas formas sombra frondosa para casi todos los matices de derecha. Igual proporción de votos le ha correspondido al Partido Comunista, siempre ortodoxo y fiel a la metrópoli. Toda la izquierda en su conjunto ha logrado sumar un 0,5 por ciento de los votos. En cierta forma explicable, cuando uno observa cómo el conformismo de las masas aumenta en proporción directa con el "catacumbismo" de la izquierda, y viceversa.

LA CAMPAÑA DEL MIEDO

Esta situación de empate ha creado preocupación en medios gubernamentales europeos y norteamericanos. No es ello, sin embargo, motivo de angustia para el alemán de la calle. La razón es sencilla: no está interesado en un gobierno innovador o reformador, sino precisamente en un gobierno "conservador" (en el sentido literal del término), recortado drásticamente en sus posibilidades de acción. Las encuestas demuestran que la población germano-occidental, en gran proporción, contempla el futuro con pesimismo y temor, unos marcados por el trauma de su historia, otros por la sensación de haber alcanzado ya un tope. "Sólo nos puede ir peor",



Franz Josef Strauss

piensan muchos. Miedos subyacentes (nada nuevos, por cierto) y ansia de seguridad embargan a gran parte de la población.

Estas son precisamente las teclas íntimas, que con magistral eficacia supo tocar la democracia cristiana en su campaña electoral. Vacía de contenidos programáticos y rayando en el primitivismo, la estrategia electoral democristiana se ensañó con las emociones. Con el lema "libertad en vez de socialismo" consiguió encubrir con tonos casi escatológicos el vacío gris de la falta de alternativas. Todos sabían que nada tenía que ver la socialdemocracia con la "dictadura comunista". Pero no se trataba de eso. Hacía falta el fantasma del comunismo para movilizar las emociones y explotar los miedos.

La estrategia dió "casi" sus frutos, hasta el punto de que el candidato democristiano, Kohl, quedó en la opinión pública como el "vencedor moral" de la contienda. Pero al todo le faltó el "casi", y ese casi fueron ciertos sectores esclarecidos del centro que no gustaban de las burdas pinceladas en blanco y negro y para quienes Schmidt era, en definitiva, un Kohl mejor capacitado técnicamente.

ENTRE EL VACIO Y EL FUTURO

Haberse dejado acorralar por la ofensiva democristiana le costó caro a la socialdemocracia. Exceptuando tímidos golpes de timón durante las últimas semanas, el partido de Hellmut Schmidt estuvo lejos de aquel vigor de 1969 y 1972, cuando Willy Brandt se presentó como una alternativa política y las campañas electorales giraron alrededor de los grandes temas de la política alemana y europea. Esta vez, Schmidt y su compañero liberal Genscher recorrieron Alemania recitando la letanía monótona de sus éxitos en la gestión gubernamental, de la admiración de que goza el "modelo" alemán en el extranjero y de la eficacia nórdica de los hombres del gobierno. Pero poco podía conmovir esta

RESULTADOS ELECTORALES 1976 (1)		
Partidos	Escaños	Porcentaje (2)
CDU/CSU	243 (225)	48,6 (44,9)
SPD	214 (230)	42,6 (45,8)
FDP	39 (41)	7,9 (8,4)

(1) Las cifras entre paréntesis se refieren a los resultados del año 1972. Se incluyen únicamente los partidos representantes en el parlamento (con más del 5 por ciento de votos)

(2) Tarjetas pequeñas

Siglas: CDU/CSU: Unión Demócrata Cristiana
 SPD: Partido Socialdemócrata Alemán
 FDP: Partido Democrático Libre (liberal)

letanía a unos electores, para quienes el bienestar material y la seguridad social no parecen ser ya un privilegio adquirido, sino innato.

La pérdida cuantiosa de votos está haciendo reflexionar ahora a la socialdemocracia alemana. Hasta el mismo Schmidt, que siempre ha hecho gala de su pragmatismo y fría efectividad, comienza a desempolvar temas como la solidaridad, la calidad de vida y la reconquista de la libertad.

El desgaste del mando, el trauma todavía no asimilado de la renuncia forzosa de Brandt en 1974 y, sobre todo, el alejamiento de sus orígenes han despojado al partido socialdemócrata de los restos de combatividad y contenido propio. Dos vías alternativas y excluyentes se le presentan en este momento a la socialdemocracia alemana: continuar construyendo el "modelo" alemán o intentar detener, empezando por su propia militancia, el proceso de desideologización, la peligrosa explotación del miedo y la tendencia al inmovilismo conservador.

Si elige la primera alternativa, acabará siendo probablemente víctima de la fuerza corrosiva del "modelo" alemán. Aparte de que el elector no tardará en reconocer al legítimo padre de tal modelo, el partido democristiano de Adenauer. La segunda alternativa significaría saber devolver al pueblo alemán la dimensión del futuro. El que conozca de cerca la sociedad germano-occidental, se dará cuenta de la magnitud de tal empresa.

PERSPECTIVAS

Demasiado reducida es la mayoría parlamentaria de la coalición social-liberal, como para permitirse muchas piruetas. Pero suficiente para mantenerse los cuatro años del período constitucional. Aunque parezca paradójico, es mayor la coherencia dentro de la coalición bipartidista que dentro de la unión democristiana. Su sección bávara (el CSU), al

mando de Strauss, reitera veladamente y regularmente después de cada elección su amenaza de retirarse y crear su propio partido a escala nacional, si no se respecta su línea dura. Pero el ex-candidato democristiano, Kohl, ahora jefe de fracción parlamentaria de la unión, sabe que un estilo de oposición total cohesionaría más todavía a la coalición gobernante y alejaría definitivamente a los liberales, sin cuya ayuda difícilmente puede pensar en ser Canciller en un futuro.

De cualquier modo, las perspectivas económicas no van a exigir soluciones dramáticas. Inflación y desempleo continuarán manteniéndose en márgenes aceptables y exigirán medidas, que un gobierno democristiano hubiera aplicado también. Como decía recientemente un alto dirigente empresarial, la diferencia reside en el estilo: los socialdemócratas apoyan a la empresa privada, mientras que los democristianos simpatizan con los empresarios privados.

La política exterior no parece vaya a sufrir variaciones. Quizás se endurezca más todavía la posición alemana en las negociaciones Norte-Sur respecto al financiamiento internacional de los fondos para materias primas. Tales fondos lesionarían la esencia del "libre mercado", y este es un pilar demasiado importante del modelo alemán.

En política interior queda en pie el interrogante de si este gobierno será capaz de ponerle un freno a la represión ideológica y a la discriminación implacable de cualquier empleado público, maestro, universitario, etc., "no grato" por su posición izquierdizante. En los últimos tiempos, la obsesión por la seguridad y defensa del Estado de Derecho ha alcanzado proporciones casi enfermizas. Tales prácticas represivas adquirieron cuerpo institucional durante la actual coalición. De ella depende ahora tomar la ofensiva, rescatar el gusto por la libertad y cerrarle el paso a la peligrosa explotación del miedo.